

cerla más interesante. Pero salieron á mi encuentro dos dificultades que por poco me hicieron renunciar á mi propósito, no obstante las ventajas que podía proporcionarme. La primera era saber á quién dirigir la epístola; la segunda, cómo me las compondría para escribir en verso. Después de haber reflexionado sobre esto maduramente, no tardé en comprender que lo más razonable era componer la epístola lo mejor que pudiera, y buscar luego una persona á quien se la pudiese aplicar. Puse en seguida manos á la obra, y trabajé durante más de una hora sin poder encontrar un consonante para el primer verso que había escrito, y que quería conservar, porque me parecía muy bueno. Á este propósito, acordéme entonces de haber leído que el célebre Pope no componía jamás obras de importancia sin verse obligado á declamar largo rato en alta voz y sin que recorriese su gabinete en todos sentidos para excitar su vena. En seguida probé de imitarle. Cogí las poesías de Ossian y las recité en alta voz, paseándome á grandes pasos para provocar el entusiasmo.

Vi, con efecto, que este sistema exaltaba insensiblemente mi imaginación, dándome un sentimiento secreto de capacidad poética que hubiera ciertamente aprovechado para escribir en verso mi epístola dedicatoria, si por desgracia no hubiese dado al olvido el declive del techo de mi cuarto, que impidió á la frente que fuera tan adelante como los pies en la dirección que yo llevaba. Me di tan rudo golpe en la cabeza contra aquel maldito parapeto, que hasta el techo de la casa se resintió y experimentó una sacudida. Los gorriones

que se habían refugiado en el tejado echaron á volar llenos de espanto, y de rechazo el choque me hizo retroceder tres pasos.

CAPÍTULO VIII

Mientras que yo me paseaba de esta suerte para excitar mi imaginación, una hermosa y joven dama que vivía debajo de mi cuarto, asustada por el ruido que yo movía, y creyendo sin duda que daba algún baile en mi habitación, me envió á su marido para que averiguase la causa de tal estrépito. Aun me encontraba algún tanto atontado por efecto de la contusión que acababa de recibir, cuando se abrió la puerta. Un señor de edad, con el rostro melancólico, adelantó la cabeza y paseó sus curiosas miradas por todo el cuarto.

Cuando le permitió hablar la sorpresa de que se vió poseído al verme solo:

— Mi mujer tiene jaqueca, caballero, me dijo con aire de enojo. Permítame usted que le advierta...

Le interrumpí en seguida, y mi estilo se resintió de la elevación de los pensamientos.

— Respetable mensajero de mi bella vecina, le dije en el lenguaje de los bardos, ¿por qué brillan tus ojos bajo las espesas pestañas, como dos metéoros en el negro bosque de Cromba? Tu hermosa compañera es

un rayo de luz, y moriré mil veces antes de atreverme á turbar su reposo ; pero tu aspecto, ¡oh respetable mensajero ! tu aspecto es sombrío como el rincón más escondido de la caverna de Camora cuando las nubes, precursoras de la tempestad, obscurecen la faz de la noche y pesan sobre los silenciosos campos de Morven.

El vecino, que al parecer no había leído nunca las poesías de Ossian, tomó sin razón el acceso de entusiasmo que me animaba por un acceso de locura, y quedó bastante corrido. Mi intención no era ofenderle ; le ofrecí una silla, y le supliqué que se sentase ; pero advertí que se retiraba poco á poco y que se santiguaba, diciendo á media voz

— *È matto, per Bacco, è matto !*

CAPÍTULO IX

Le dejé salir, sin querer profundizar hasta qué punto era fundada su observación, y me senté á mi mesa para tomar nota de estos sucesos, como hago siempre ; pero apenas hube abierto un cajón en el cual esperaba encontrar papel, lo cerré bruscamente, turbado por uno de los sentimientos más desagradables que puedan experimentarse : el del amor propio humillado. La especie de sorpresa que tuve en esta ocasión era parecida á la que experimenta el cansado viajero cuando, al aproximar sus labios á una clara fuente, ve en el

fondo del agua una rana que le mira. Lo que acababa de ver no era otra cosa que los resortes y el caparazón de una paloma artificial que, á imitación de Archytas, yo me había propuesto en otro tiempo hacer volar. Había trabajado sin descanso en su construcción durante más de tres meses. Cuando llegó el día de la prueba, la coloqué al borde de una mesa, después de haber cerrado cuidadosamente la puerta para que se conservase el secreto del descubrimiento y poder causar con ello una gran sorpresa á mis amigos. Un hilo mantenía inmóvil el mecanismo. ¡Quién podría imaginar las palpitations de mi corazón y las angustias de mi amor propio, cuando acerqué las tijeras para cortar el hilo fatal !... ¡Zas !... el resorte de la paloma se suelta y se desenvuelve con estrépito. Levanto los ojos para verla pasar ; pero después de haber dado algunas vueltas sobre sí misma, cae y va á esconderse debajo de la mesa. *Rosina*, que estaba allí durmiendo, se alejó tristemente. ¡*Rosina*, que no había visto nunca ni un pollo, ni un pichón, ni la más pequeña avecilla sin correr en seguida tras de ella y embestirla, no se dignó siquiera mirar á mi paloma que se revolcaba por el suelo !... Éste fué el golpe de gracia para mi amor propio, y me marché, corrido, á la muralla para tomar el aire.

CAPÍTULO X

Tal fué la suerte que cupo á mi paloma artificial. Mientras que el genio de la mecánica la destinaba á seguir al águila en los cielos, el destino le dió las inclinaciones del topo.

Me paseaba triste y descorazonado como se está siempre después de una gran esperanza frustrada, cuando, levantando los ojos, distinguí una bandada de grullas que pasaba sobre mi cabeza. Me detuve para examinarlas. Avanzaban en orden triangular, como la columna inglesa en la batalla de Fontenoy. Las vi atravesar el cielo de nube en nube.

¡Ah! ¡qué bien vuelan! decía por lo bajo; ¡con qué seguridad parece que se deslizan sobre el invisible sendero que recorren!

¿Lo confesaré? ¡Ay! que me lo perdonen. El horrible sentimiento de la envidia ha entrado una vez, una sola vez, en mi corazón, y fué por causa de las grullas. Las seguí con mis miradas celosas hasta los límites del horizonte. Mucho tiempo, inmóvil entre la muchedumbre que se paseaba, estuve observando el movimiento rápido de las golondrinas, y me extrañaba verlas suspendidas en el aire como si jamás hubiera visto este fenómeno. El sentimiento de una admiración profunda, desconocida para mí hasta entonces,

alumbró mi alma. Creía ver la naturaleza por primera vez; oía con sorpresa el zumbido de las moscas; el canto de los pájaros y ese ruido misterioso y confuso de la creación viva que celebra involuntariamente la gloria de su autor: concierto inefable, al que sólo el hombre tiene el sublime privilegio de poder unir acentos de reconocimiento.

¿Quién es el autor de este brillante mecanismo? exclamé en el transporte que me animaba; ¿quién es el que abriendo su mano creadora, dejó escapar la primera golondrina en los aires? ¿el que dió orden á esos árboles para brotar de la tierra y elevar al cielo sus ramas? Y tú, que avanzas majestuosamente bajo su sombra, criatura encantadora, cuyos rasgos imponen el respeto y el amor, ¿quién te ha colocado sobre la superficie de la tierra para embellecerla? ¿Cuál es el pensamiento que dibujó tus formas divinas, que fué bastante poderoso para crear la mirada y la sonrisa de la inocente belleza?... Y, yo mismo, que siento palpitar mi corazón, ¿cuál es el objeto de mi existencia?... ¿Qué soy y de dónde vengo, yo el autor de la paloma artificial centripeta?...

Apenas hube pronunciado esta palabra bárbara, cuando, volviendo en mí de repente, como el hombre dormido á quien echan encima una cuba de agua, observé que muchas personas me rodeaban para examinarme mientras que mi entusiasmo me hacía hablar solo. Vi entonces á la hermosa Georgina que iba algunos pasos delante de mí. La mitad de su mejilla izquierda, cargada de rojo, que veía á través de los rizos de su

rubia cabellera, acabó de ponerme al corriente de los asuntos de este mundo, del cual acababa de hacer una corta ausencia.

CAPÍTULO XI

En cuanto me hube repuesto un poco de la turbación que me había producido el aspecto de mi paloma artificial, se dejó sentir vivamente el dolor de la contusión que había recibido. Pasé la mano por mi frente, y reconocí una nueva protuberancia precisamente en esa parte de la cabeza en que el doctor Gall ha colocado la protuberancia poética. Pero yo no pensaba entonces en esto, y la experiencia sólo debía demostrarme la verdad del sistema de ese hombre célebre.

Después de haberme recogido en mí mismo durante algunos instantes para hacer un último esfuerzo en favor de mi epístola dedicatoria, tomé un lápiz y puse manos á la obra. ¡Cuán grande fué mi sorpresa!... Los versos brotaban sin dificultad de mi pluma; llené dos páginas de ellos en menos de una hora, y deduje de esta circunstancia que, si el movimiento era necesario á la cabeza de Pope para componer versos, era precisa nada menos que una contusión para hacerlos brotar de la mía. Yo no comunicaré, sin embargo, al lector, los que hice entonces, porque la rapidez prodigiosa con que se sucedían las aventuras de mi viaje, me impidió darles

la última mano. Á pesar de esta reticencia, no es dudoso que se debe mirar el accidente que me sucedió como un prodigioso descubrimiento de que los poetas podrán utilizarse.

Estoy, en efecto, tan convencido de la infalibilidad de este nuevo método, que en el poema en veinticuatro cantos que he compuesto desde entonces, y que será publicado con la *Prisionera de Pinerolo*¹, no he creído necesario hasta el presente comenzar los versos; pero he puesto en limpio quinientas páginas de notas, que forman, como es sabido, todo el mérito y el volumen de la mayoría de los poemas modernos.

Cuando más profundamente pensaba en mis descubrimientos caminando por mi cuarto, encontréme frente á mi cama, sobre la cual me senté; y habiendo caído por casualidad mi mano sobre el gorro de dormir, tomé el partido de cubrirme la cabeza y acostarme.

CAPÍTULO XII

Estaba en la cama desde hacía un cuarto de hora, y, contra mi costumbre, no dormía todavía. Á la idea de mi epístola dedicatoria, habían sucedido las más tristes reflexiones: la bujía que alumbraba la habitación es-

1. El autor parece haber renunciado después á la publicación de esta obra, que debía afectar demasiado la forma novelesca.

taba en sus postrimerías, no despidiendo más que una claridad inconstante y lúgubre desde el fondo de la palmatoria, y mi cuarto tenía aspecto de tumba. Un golpe de viento abrió de repente la ventana, apagó la luz y cerró la puerta con violencia. El tinte negro de mis pensamientos aumentó con la obscuridad.

Todos mis placeres pasados, todas mis penas presentes, vinieron á fundirse á la vez en mi corazón y lo llenaron de pesar y de amargura.

Por más esfuerzos continuados que haga por olvidar mis pesares y rechazarlos de mi pensamiento, me sucede á veces, cuando no tengo cuidado, que se meten todos á la vez en mi memoria como si se les abriera una exclusiva. No me queda otro partido que tomar en estas ocasiones, que abandonarme al torrente que me arrastra, y mis ideas se hacen entonces tan negras, todos los objetos me parecen tan lúgubres, que acabo ordinariamente por reír de mi locura, de suerte que el remedio se encuentra en la misma violencia del mal.

Estaba todavía en toda la fuerza de una de esas crisis melancólicas, cuando una parte de la ráfaga de viento que había abierto mi ventana y cerrado mi puerta al pasar, después de haber dado algunas vueltas por mi cuarto, hojeado mis libros y derribado al suelo una hoja suelta de mi viaje, penetró finalmente entre mis cortinas y vino á morir sobre mi mejilla. Sentí el dulce fresco de la noche, y considerando esto como una invitación de su parte, me levanté en seguida y fui á colocarme sobre mi escalera para gozar de la calma de la naturaleza.

CAPÍTULO XIII

El tiempo estaba sereno; la vía láctea, como una tenue nube, dividía el cielo; un dulce rayo partía de cada estrella para llegar hasta mí, y cuando examinaba una atentamente, sus compañeras parecían brillar con mayor viveza para atraer mis miradas.

Es un encanto siempre nuevo para mí el de contemplar el cielo estrellado, y no tengo por qué echarme en cara el haber hecho un solo viaje, ni aún un simple paseo nocturno, sin pagar el tributo de admiración que debo á las maravillas del firmamento. Aunque siento toda la impotencia de mi cerebro al querer entrar en estas elevadas meditaciones, encuentro un placer inexplicable en ocuparme en ellas. Me gusta pensar que no es la casualidad la que conduce á mis ojos esa emanación de mundos lejanos, y cada estrella vierte con su luz un rayo de esperanza en mi corazón. ¡Y qué! ¿Estas maravillas no habían de tener otra relación conmigo que la de brillar á mis ojos? Y mi pensamiento que se eleva hasta ellas, mi corazón que se emociona á su aspecto, ¿les habían de ser extraños?... Espectador efímero de un espectáculo eterno, el hombre levanta un instante los ojos hacia el cielo y vuelve á cerrarlos para siempre; pero durante este momento rápido que se le ha concedido, de todos los puntos del cielo y

desde los límites del universo, un rayo consolador parte de cada mundo, y viene á herir su mirada, para anunciarle que existe una relación entre la inmensidad y él, y que está asociado á la eternidad.

CAPÍTULO XIV

Un sentimiento desagradable turbaba, sin embargo, el placer que experimentaba entregándome á estas meditaciones.

¡Cuán pocas personas, me decía, gozan ahora conmigo del espectáculo sublime que el cielo desarrolla inútilmente para los hombres amodorrados!... Pase todavía para los que duermen; pero, ¿qué costaría á los que salen en tropel del teatro, mirar un instante y admirar las brillantes constelaciones que fulguran de todas partes sobre su cabeza? No; los espectadores atentos de Scapín ó de Jocrissa no se dignan levantar los ojos; van á entrar brutalmente en su casa ó donde quiera que sea, sin pensar que el cielo existe. ¡Qué rareza!... Porque lo ven con frecuencia y gratis, no les importa ni les interesa. Si el firmamento estuviera siempre velado para nosotros, si el espectáculo que nos ofrece dependiera de un empresario, los primeros palcos sobre los tejados alcanzarían un precio fabuloso y las damas de Turín se disputarían la posesión de mi lucerna.

¡Oh! Si yo fuera soberano de un país, exclamaba lleno de justa indignación, haría sonar cada noche el toque de *rebato*, y obligaría á mis súbditos de toda edad, de todo sexo y de toda condición, á ponerse á la ventana y á mirar las estrellas.

Aquí la razón, que en mi reino no tiene más que un derecho, no siempre reconocido, para dar consejos, fué sin embargo más feliz que de ordinario en las correcciones que me indicó á propósito del arbitrario edicto que quería proclamar en mis Estados.

— Señor, me dijo, Vuestra Majestad ¿no se dignaría hacer excepción en favor de las noches lluviosas? Porque en ese caso, estando el cielo cubierto...

— Bueno, bueno, contesté, no había pensado en esto; anota una excepción en favor de las noches lluviosas.

— Señor, añadió ella, me parece que no estaría mal exceptuar también las noches serenas, cuando el frío es excesivo y el cierzo sopla, porque la ejecución rigurosa del edicto llenaría á vuestros dichosos súbditos de resfriados y catarros.

Comenzaba á ver ya muchas dificultades en la ejecución de mi proyecto; pero me costaba mucho volver de mi acuerdo.

— Será preciso, dije, oficiar al Consejo de medicina y á la Academia de ciencias para fijar el grado del termómetro centígrado en el que mis súbditos estarán dispuestos de ponerse á la ventana; pero yo quiero, yo exijo, absolutamente, que la orden sea ejecutada con rigor.

— ¿Y los enfermos, señor?

— No hay que hablar de esto : quedan exceptuados ; la humanidad antes que nada.

— Si no temiera fatigar á Vuestra Majestad, todavía le haría observar que se podría (caso de que lo estimara conveniente, y que la cosa no presentara grandes dificultades), añadir también una excepción en favor de los ciegos, porque estando privados del órgano de la vista...

— Bien, ¿eso es todo? interrumpí malhumorado.

— Perdón, señor; pero ¿y los enamorados? ¿El corazón bondadoso de Vuestra Majestad podría obligarles también á mirar las estrellas?

— Bueno, bueno, dijo el rey; dejemos todo esto; volveremos á pensarlo con la cabeza tranquila. Ya me darás una memoria detallada sobre el asunto.

¡Dios mío, Dios mío! ¡Cuánto es preciso reflexionar antes de dar un bando de alta policía!

CAPÍTULO XV

Nunca han sido las estrellas más brillantes las que yo contemplo con más placer; en cambio las más pequeñas, las que perdidas á inconmensurable distancia aparecen como puntos imperceptibles en el espacio, han sido siempre mis estrellas favoritas. La razón es muy sencilla: fácilmente se concebirá que obligando á hacer á mi imaginación tanto camino del otro lado de

su esfera, como el que mis miradas recorren desde ésta para llegar hasta ellas, me encuentro transportado sin esfuerzo á una distancia á la que pocos viajeros han llegado antes que yo, y me admiro, al encontrarme allí, de no estar todavía más que al principio de este vasto universo; porque sería, creo, ridículo pensar que existe una barrera más allá de la cual comienza la nada; como si *la nada* fuera más comprensible que la existencia. Después de la última estrella, yo imagino todavía otra, que á su vez tampoco es la última. Asignando límites á la creación, por lejanos que estén, el universo no me parece más que un punto luminoso, comparado á la inmensidad del espacio vacío que lo rodea, á esa horrible y sombría *nada*, en medio de la cual estaría aquél suspendido como solitaria lámpara.

Aquí me cubrí los ojos con las dos manos para alejar toda especie de distracción y dar á mis ideas la profundidad que exige semejante tema; y haciendo sobrenatural esfuerzo de imaginación, compuse un sistema del mundo el más completo que hasta ahora ha aparecido.

Helo aquí con todos sus detalles; es el resultado de las meditaciones de toda mi vida:

« Yo creo, que siendo el espacio... »

Pero esto merece capítulo aparte, y, vista la importancia de la materia, será el único de mi viaje que llevará un título.

CAPÍTULO XVI

SISTEMA DEL MUNDO

Yo creo, pues, que siendo el espacio infinito, también lo es la creación, y que Dios ha creado en su eternidad un número infinito de mundos en la inmensidad del espacio.

CAPÍTULO XVII

Confesaré, sin embargo, de buena fe, que no comprendo mucho mejor mi sistema que cualquiera de los otros que han salido de la imaginación de los filósofos antiguos y modernos; pero el mío tiene la preciosa ventaja de hallarse contenido en cuatro líneas, á pesar de su magnitud. El indulgente lector deberá observar asimismo, que el tal sistema ha sido compuesto por entero en el remate de una escalera. Bien hubiera querido embellecerlo con notas y comentarios; pero en el momento mismo en que más me preocupaba de este asunto, vinieron á distraerme unos sonidos encantadores que llegaron agradablemente hasta mi oído. Una voz tan melodiosa como jamás oí otra parecida, sin exceptuar

la de la misma Zeneida, una de esas voces que van siempre al unísono de las fibras de mi corazón, cantaba muy cerca una romanza de la que no perdí ni una sola palabra, y la cual jamás olvidaré. Prestando un poco de atención, pude advertir que la voz partía de una ventana más baja que la mía; pero desgraciadamente no me era posible verla, porque el alero, por encima del cual se levantaba mi lucerna, la ocultaba por completo á mi ojos. Ello no obstante, el deseo de conocer á la sirena que me dominaba con sus acordes, aumentaba á medida que crecía el interés de la romanza, cuyas palabras conmovedoras hubiesen hecho llorar al ser más insensible. Bien pronto no pude resistir ya más á la curiosidad; subí hasta el último peldaño, puse un pie sobre la cornisa, y cogiéndome con una mano al montante de la ventana, me incliné á la calle con peligro de caer precipitado.

Entonces pude ver á la izquierda, y un poco más abajo de mi observatorio, á una joven vestida negligentemente con blanco peinador: su mano sostenía una cabeza encantadora, bastante inclinada para que pudiera verse á la luz de los astros su magnífico perfil; su actitud parecía imaginada á propósito para mostrarle en todo su brillo, á un viajero aéreo como yo, un talle esbelto y bien contorneado; uno de sus pies, descalzo, estaba echado con descuido hacia atrás, de manera que, á pesar de la obscuridad, podía adivinar sus preciosas dimensiones, si una linda chinela, que se hallaba algo separada, no lo dijese mejor á mis curiosas miradas. Ya puedes presumirte, querida Sofia, cuán violenta era mi

situación. No me atrevía á arrojar la menor exclamación, por miedo á que se me espantase la bella vecina, ni á hacer el más pequeño movimiento por miedo á caer á la calle.

Á pesar de todas las precauciones, se me escapó un suspiro; pero aun tuve tiempo para retener la mitad; el resto se lo llevó un céfiro que pasaba. Asi pude contemplar á mis anchas á la bella soñadora, sostenido en aquella peligrosa posición por la esperanza de oírla cantar todavía. Desgraciadamente la romanza se había concluído, y mi maldita suerte quiso que desde aquel momento la interesante joven guardase el silencio más absoluto. Por fin, después de haber esperado mucho tiempo, me creí con derecho para dirigirle la palabra; la cuestión se reducía á encontrar algo digno de ella y de los sentimientos que me había inspirado. ¡Ah! ¡cuánto sentí en aquellos momentos no haber terminado mi dedicatoria en verso! ¡Cómo la hubiese aplicado á propósito en aquella circunstancia! Sin embargo, no por esto me abandonó mi presencia de ánimo. Inspirado por la dulce influencia de los astros, y más aún por el vehementemente deseo de triunfar cerca de una bella, tosi ligeramente para advertirla y para hacer más armonioso el sonido de la voz, y le dije de la manera más afectuosa que pude:

¡Qué magnífico tiempo hace esta noche!

CAPÍTULO XVIII

Ya me parece que estoy oyendo á la señora de Hautcastel, que nada me perdona, pedirme cuenta de la romanza de que he hablado en el capítulo anterior. Por la primera vez de mi vida, me veo en la dura necesidad de negarme á toda explicación. Si yo incluyera dicha composición en mi viaje, no faltaría quien me creyese autor de ella, lo cual me atraería, recordando aquella mi teoría acerca de la necesidad de las contusiones para provocar la inspiración, más de una broma que á toda costa quiero evitar. Continuaré, pues, el relato de mi aventura con mi amable vecina, aventura cuya inesperada catástrofe, así como la delicadeza con que supe llevarla adelante, son motivos sobrado poderosos para interesar á todos los lectores. Pero antes de saber lo que ella me respondió y cómo fué recibido el ingenioso requiebro que le dirigí, debo contestar de antemano á ciertas personas que se creen más elocuentes que yo, y que me condenarán implacablemente por haber empezado la conversación de una manera tan trivial en su manera de sentir. Voy á probarles que, si en una ocasión tan importante hubiese querido demostrar agudeza, habría faltado abiertamente á las reglas de la prudencia y del buen gusto. Todo aquel que entra en conversación con una hermosa diciendo una palabra